Valeria

VALERIA,

SEGUNDA PARTE

DE LA CIEGUECITA D' OLBRUCK.

Drama en tres actos,

arreglado á nuestro teatro

Por

D. M. A. LASHERAS, Y D. G. F. COLL.



MADRID: 1837.

Imprenta de los Hijos de Doña Catalina Piñuela,

calle del Amor de Dios, número 7.

PERSONAS.

Ernesto, Conde d' Halzbourg, *marido de Valeria.*

Valeria.

Enrique Milner, Baron d' Olbruck, *amigo de Ernesto.*

Carolina, *su muger.*

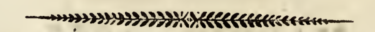
El Baron de Seligmann.

Clarisa, *su hija.*

Ambrosio, *mayordomo.*

Birman, *criado.*

La escena es en Alemania en casa del Conde d' Halzbourg.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO Y AMBROSIO.

Amb. Si señor, ya estan dispuestas las habitaciones y cubiertas de arena las calles del jardin.

Ern. Advierte, Ambrosio, que Mr. y Madama Milner vienen de recorrer la Francia y la Italia; y que los viageros son muy exigentes.

Amb. Sus exigencias quedarian satisfechas si pudiese disponerlo todo por mí solo.... pero ese original de Mr. de Seligmann,.... no hay quien le sufra.... Si se poda un árbol, dice que se le echan á perder sus bosques; si se levanta una estátua que estaba caida, dice que es una lástima.... porque de aquel modo estaba mas pintoresca; todo le incomoda... y á mí me parece que al cabo de cuatro meses que hace que vendió este castillo á mi señora la Condesa, ha tenido tiempo suficiente para disponer su viage.

Ern. ¿Qué quieres?... El Baron se vió precisado á vender este castillo que heredó de sus abuelos, y como ha nacido en él, siente abandonarlo.... Por esta razon convino con mi esposa en permanecer aquí, hasta que el invierno despojase á los árboles de sus adornos, porque segun dice, sería una crueldad perder de vista á la naturaleza en sus mas hermosos dias.

Amb. Vamos, lo que no quiere es perder de vista los bosques mientras abunda la caza.

Ern. No se puede negar que es muy aficionado á ese noble ejercicio.

Amb. (*Con ironía.*) De lo que os alegrais mucho, señor Conde, ¿no es verdad?.... porque cuando el Baron está ausente, su hija, que es muy linda, hace compañía á la señora Condesa.

Ern. ¡Ah! su compañía es muy grata.... Clarisa está do-

tada de todas las gracias que pueden amenizar la soledad.

Amb. (*Con ironía.*) ¡Oh! segun yo creo tambien posée todas aquellas que se buscan en la sociedad.—Me alegro de que vengan Mr. y Madama Milner para que la alivien en sus tareas.

Ern. Participaria de esa misma alegría, si no tuviese que afligirlos.... ¡quieren tanto á Valeria!.... ¡qué diferencia de cuando se marcharon!....

Amb. (*Con ironía.*) Al menos verán que con su desgracia se ha aumentado vuestro cariño.

Ern. (*Interrumpiéndole con viveza.*) Mejor será que salga á esperarlos, y los prepararé para recibir la noticia.... Dispon que ensillen un caballo.... no te detengas.

Amb. Voy al instante.... (*Mira al Conde, cuya fisonomía indica estar dudoso: el Conde que crée que se ha marchado, se vuelve, y al verle le hace una seña para que se vaya.*)

ESCENA II.

ERNESTO, *solo.*

¿Si sospechará algo?... ¡Ah!.... cuando nuestra conciencia no está tranquila, se nos figura siempre que todos léen en nuestro interior: si alguno nos mira, nos aterran sus miradas: si alguno nos habla, nos parece que tienen dos sentidos sus palabras, y solo comprendemos el que nos atormenta.... Qué placer no hubiera yo esperimentado en otro tiempo al estrechar en mis brazos á estos verdaderos amigos.... ¡Amigos!.... ¡ya no pueden serlo mios, los que aprecien á Valeria!.... ah! cuántos pesares me esperan! (*Se sienta reflexionando.*)

ESCENA III.

ERNESTO, EL BARON DE SELIGMANN Y CLARISA.

Bar. (*Tocándole con la mano en la espalda.*) ¿En qué estais pensando?

Ern. ¡Ah! señor Baron.... (*A Clarisa con una mirada de inteligencia.*).... Estaba pensandoen mis amigos que van á llegar; y los preparativos.....

Bar. Os han becho olvidar nuestra caccría...

Ern. Nada de eso; todo se reduce á salir un poco mas tarde.

Bar. Y entretanto pasaremos un recado de atencion á los señores jabalíes, para que se sirvan aguardarnos... Amigo mio, acostumbrais á malas mañas á los que vienen á visitaros; el dueño de un castillo recibe, pero no espera; cada cosa á su tiempo.... ¿Estan dispuestos los perros, y suena la trompa de caza?.... á caballo.... ¿Tocan la campana?.... á la mesa.... y todo por este órden. Señores huéspedes venid cuando os acomode, pero cuidado con llegar á tiempo, porque un castillo tiene sus reglas como un convento... ¡Ah! se meolvidaba que habeis estado en Francia, en ese pais donde todo se hace al revés.

Ern. Tambien habeis hecho vos ese viage.

Bar. ¡Oh! es de obligacion para todo baron aleman, que tiene una hija, si quiere que ésta se presente con elegancia, que decida del mérito de un drama, que hable de política, y.... en una palabra, que si llega á casarse con algun vasallo de la Dieta-Germánica, no necesite de consejero para saber gastar su dote.

Clar. Mi padre se complace en atormentarme.... (*Con firmeza.*) Y sabe muy bien que yo no quiero casarme.

Bar. Lo que yo sé es que todas las mugeres dicen lo mismo.

Ern. (*Esforzándose para reir y mirando á Clarisa.*) Y todas mudan de parecer, ¿no es verdad?

Clar. (*Con viveza.*) Escepto yo.... porque si todas tuviesen un padre como el mio....

Bar. Piensas ganarme con la adulacion.... Veis, Conde, esta niña al parecer tan amable; pues sabed que hace diez dias que se niega á obedecerme.... llora, y no quiere convencerse de que soy un pobre viejo.

Clar. ¡Padre mio!....

Bar. Se ha presentado un buen partido, nada menos que el mayor Silfort, y....

Ern. (*A Clarisa con un tono de agradecimiento.*) Y.... ¿rehusais un enlace tan ventajoso?

Clar. Siento mucho afligir á mi padre, pero no puedo aceptarlo.

Bar. Ya lo veis, no puedo aceptarlo.... no sale de ahí.... sin quererme decir por qué.... Pero ya he descubierto el modo de averiguar su secreto, puede que tenga mas confianza en una amiga que en su padre, y en ese caso (*á Ernesto.*) espero que vuestra esposa se encargue de este asunto.

Ern. ¡Valeria!

Clar. ¡La Condesa!

ESCENA IV.

DICHOS Y AMBROSIO.

Amb. Señor Conde, el caballo está ensillado.

Ern. Con vuestro permiso voy á recibir á mis amigos. Cuando vuelva hablaremos de vuestro proyecto. (*Saludando á Clarisa.*) Señorita.... (*Váse con Ambrosio.*)

ESCENA V.

EL BARON Y CLARISA.

Bar. ¿Has oido lo que he dicho al Conde?

Clar. Padre mio, os suplico que desecheis esa idea; ¿qué podré decir á Madama d' Halzbourg?.... ¿qué podré revelarle? Si yo tuviese algun secreto, ¿no os lo confiaria?.... ¿en quién mejor que en vos podria depositarlo? La Condesa es muy amable; nadie le hace mas justicia que yo; pero al fin es una persona estraña; vos teneis un corazon bondadoso, sois indulgente....

Bar. Dí mas bien débil.... ¡Oh! ¡mugeres! ¡mugeres!.... todas me han dominado, principiando por mi nodriza; cuando jóven, mi hermana alegando su amistad hacia de mí lo que queria, mi muger alegando su amor hacia otro tanto, y ahora mi hija se vale de la ternura filial para imitar á las dos. ¡Ah! pero

cuando se trata de tu felicidad, el Baron de Seligmann tiene energía. ¿Quieres casarte, sí ó no?

Cla. Quiero vivir siempre á vuestro lado.

Bar. Ya no me queda duda, mis sospechas son fundadas.

Clar. (*Asustada.*) ¿Qué sospechas?

Bar. Tu conducta es muy reprensible.

Cla. ¡Padre mio!

Bar. Sí, muy reprensible.

Clar. (*Ap.*) ¡Cielos!

Bar. Y de todo tiene la culpa ese maldito viaje á Francia.

Clar. (*Tranquilizada.*) ¿Qué decís?....

Bar. Ese Baron d' Olbruck....

Clar. (*Ap.*) ¡Ya respiro!....

Bar. (*Volviéndose hácia Clarisa.*) ¿No es cierto?.... A mí no se me engaña tan fácilmente. Verdad es que era muy amable; pero cuando nos dijeron que estaba casado.... ¿Sabes tú, hija mia, lo que es amar al esposo de otra?

Cla. (*Dando un grito.*) ¡Ah!.... en nombre del Cielo....

Bar. (*Cambiando de tono.*) No llores, Clarisa. ¡Tengo este carácter tan fuerte!

Clar. Estais tan equivocado como la esposa d' Olbruck. La imaginacion acalorada de esa Señora tiene la culpa de cuanto ha pasado. El Baron solo me habló de Alemania, y yo no amo á nadie en Francia, os lo juro; ni conservo el menor recuerdo de aquel pais.

Bar. (*Con viveza.*) Entonces se habla y no se llora: ¿á qué viene afligirse?... Te casarás y serás feliz.

Cla. ¡Ah! ¡Padre mio!

Amb. (*Dentro.*) Por aquí, por aquí, Mr. Milner.

Bar. ¡Mr. Milner! Sin duda son los nuevos huéspedes. Retirémonos, hija mia, porque aunque no soy envidioso, no me gusta recibir á nadie cuando no soy el dueño de la casa. (*Da el brazo á su hija y salen por la derecha.*)

ESCENA VI.

AMBROSIO, ENRIQUE Y CAROLINA

(*Entran por el fondo.*)

Car. ¿Pero dónde estan nuestros amigos? estoy impaciente por darles un abrazo.

Amb. Ya os he dicho que el señor Conde ha salido á recibiros, y estraño mucho no os haya encontrado.

Enr. Habrá tomado el camino real, y nosotros hemos venido por la vereda para llegar mas pronto.

Car. ¿Y Valeria?

Amb. Está en su habitacion.

Enr. (*Dando un paso.*) Acompáñanos á ella.

Amb. (*Deteniéndole y bajando la cabeza.*) ¡Es qué!

Car. ¿Por qué nos detienes?

Enr. ¿A qué viene esa tristeza?....

Car. ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

Amb. La mayor que pudiera haber esperimentado.

Enr. Me haces estremecer....

Car. ¿Qué ha sucedido?.... habla... dí.

Amb. Cuando marchásteis de Secretario de Embajada á Francia, os acordareis que Valeria era muy feliz, y aun mas el señor Conde, que á costa de sus cuidados y de su talento habia logrado darle la vista, el mas precioso de todos los bienes.

Car. ¿Y qué?

Amb. Anhelando la pobre ciega disfrutar todas aquellas emociones de que por tanto tiempo habia estado privada, quiso esperimentarlas á la vez; fuimos á Munich, y en aquella ciudad no perdia diversion ninguna, era lo mismo que una niña mimada, que nadie podia contener. Sin embargo, á fuerza de suplicarle su esposo que no se espusiese tanto á una luz demasiado fuerte que no podia menos de ser perjudicial para un órgano naciente, observamos con placer que se encerraba muchas veces en su cuarto, donde pasaba las horas enteras. Pero conociendo que carecia de aquella instruccion necesaria para brillar en la sociedad, se dedicó al estudio de las artes y de las ciencias, y me eligió para su maestro; solo á mí con-

fió su proyecto porque queria sorprender al Conde.... Muchas veces me opuse á que continuase en su resolucion, temiendo las consecuencias.... Pero cedia al instante, al ver su candor, su gracia.... y como adelantaba tanto, y eran tan rápidos los progresos que hacia.—Un dia que estábamos leyendo las hermosas descripciones que hace Klopstoch del paraiso, y de la luminosa region de los ángeles, iluminó de repente las páginas del libro un rayo de sol que entró al través de las cortinas que estabancorridas. Valeria dejó de léer.... y yo la supliqué que continuase, porque su voz me tenia embelesado.... No me respondió, y noté que se cubria los ojos con las manos; luego las separó con violencia como si quisiera arrancar un velo que otras manos sujetaba en ellos.... Temí comprenderla.—¿Qué teneis? ¿qué teneis, Señora?—¡La desesperacion estaba pintada en su semblante! sus ojos, un momento antes tan hermosos y tan espresivos, estaban fijos, y sin alma.... Volvió la cabeza hácia donde yo estaba.—¿Eres tú, mi buen Ambrosio?—¿Pues qué no me veis, Señora?—No.... no, nada veo....— Descorrí las cortinas.... y se precipitó donde habia sonado el ruido.—No, nada, ¡ni el sol tampoco!.... Y luego arrojándose á mis brazos:—Padre mio, ¡otra vez las tinieblas! las tinieblas, ¡y la muerte! (*Momento de silencio: luego pasando Carolina por delante de Ambrosio le aprieta la mano y vá á buscar la de su marido que la aprieta con cariño.*)

Car. Enrique, Valeria nos necesita.... yo escité tu ambicion, te llevé lejos de tu patria.... pero entonces eran felices nuestros amigos.

Enr. Sí, Carolina, nuestros corazones se hicieron el uno para el otro, nunca nos separemos de Valeria.

ESCENA VII.

DICHOS Y VALERIA.

(*Valeria saliendo por la izquierda del público y llamando.*)

Val. ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!

Amb. (*Saliendo al encuentro.*) ¡Señora!....

Val. (*Cogiéndole del brazo y bajando los escalones del pabellon.*) ¿Con quién hablabas?.... me ha parecido oir una voz que no era la tuya....

Amb. Yo, Señora, estaba....

Val. (*Escuchando.*) Sí; no me engaño, ¡oigo llorar!.... algun desgraciado que está aquí, y tú nada me has dicho.

Enr. A vuestro lado, Valeria, todos son felices.

Val. (*Dando un grito y dirigiéndose á Enrique.*) ¡Ah! ¡Enrique!

Car. ¡Valeria!

Val. ¡Carolina!

Enr. ¿Cómo nos habeis conocido?

Val. (*Cogiendo la mano de Carolina y llevándosela al corazon.*) ¡Aquí está mi respuesta!.... ¡Ah! ¡los dos á mi lado!.... ¡Dios mio!.... ¡Ah! mi corazon necesitaba de este consuelo.... vosotros sabreis comprenderme.

Enr. Pero....

Car. ¿Qué quereis decir?

Val. Carolina.... Enrique.... ¡Ah!.... antes de recobrar la vista era muy desgraciada, pero estaba mas tranquila, y mas resignada con mi suerte que ahora. Ese cielo, esa naturaleza, ese sol resplandeciente, cuya luz no he podido soportar mas que un instante, esas obras grandiosas no tenian ningun valor para mí; entonces no ambicionaba nada, no tenia tampoco ningun recuerdo, la menor idea del placer que se esperimenta al leer en los ojos de aquel á quien se ama: porque nunca habia visto!...

Enr.
Car. } ....Valeria....

Val. Conozco que hago mal en turbar el primer momento de felicidad que he tenido desde nuestra separacion con la relacion de mis desgracias. — ¿Y vosotros habeis sido siempre dichosos?

Enr. Sí, siempre.

Car. Sin embargo....

Val. ¿Cómo?

Enr. ¡Ah! vais á hablar de una falta que no he cometido: pero Valeria que me conoce me hará justicia,

y os dirá que vuestros zelos...

l. (*Con viveza.*) ¿Tienes zelos, Carolina?

ıb. (*Observando á Valeria.*) ¡Ah! ¡Dios mio!

r. (*A Valeria.*) Cuando el Baron era mi amante ingia tener zelos, ahora que es mi esposo dice que soy yo la zelosa.... ¿qué quieres?.... Los señores maridos siempre tienen un defecto que echarnos en cara, para que se les suponga una buena cualidad.

r. Bien sabeis, Valeria, que Carolina no tiene razon.

l. Así lo creo.

r. Sin embargo, hace diez y ocho meses, cuando uimos á Francia, que Clarisa....

l. ¡Clarisa!

ıb. (*A Carolina.*) ¡Ah! Señora, que nombre habeis pronunciado.

l. ¡Clarisa! ¡Gran Dios!

r. ¿Qué teneis?

ıb. (*Bajo á Enrique.*) Luego os lo diré.... (*Se aproxima á Valeria.*) Os acordais, Señora, de cuando os decia que vuestros temores eran infundados?

r.
r. } ¡Sus temores!

ıb. ¿Y teneis presente lo que me contestábais?— Si estuviese aquí Carolina, le confiaria mis penas, y al vez Ambrosio comprenderia mejor que tú lo mucho que padezco.

r. Valeria.... reclamo el cumplimiento de esta palabra; sí, me lo confiarás todo.... es preciso.... Enrique.... (*Le hace seña de que se retire.*)

r. Ya os dejo. Ambrosio, vamos á buscar al Conde d' Halzbourg.

ıb. Estoy á vuestras órdenes. (*Vánse.*)

ESCENA VIII.

VALERIA Y CAROLINA.

r. Ya estamos solas... ¿por qué te turbaste al oir el nombre de Clarisa?

l. ¿Por que? ¡Carolina! ¡Carolina!.... Yo tambien tengo zelos!

. ¡Tú, Valeria!

Val. ¡ Ciega y zelosa! ¿Comprendes toda la amargur
de una sospecha que no puede tener término? Se
engañada, saberlo y no tener pruebas.... oir habla
bajo á vuestro lado y no poder sorprender en un
mirada el secreto que se os oculta.... tener en l
mano un papel, que sin duda encierra vuestro desti
no, y no poderlo léer.... no atreveros tampoco á dar
lo á que os lo lean, y si alguna vez os arriesgais
hacerlo, escuchais con toda el alma para oir la inso
portable lectura de palabras indiferentes.... y decirs
á sí misma: me engañan.... me compadecen.... in
ventan una relacion cualquiera para no desesperar
me. ¡ Ah ! ¡ser zelosa y ciega, es padecer por lo qu
no se ve, y no ver por lo que se padece!

Car. Por Dios no te aflijas.... tus temores son in
fundados....

Val. ¡Carolina!.... ¡Ernesto ya no me ama!

Car. ¡Es posible!

Val. ¡Ya no me ama!.... En los primeros meses d
nuestro matrimonio, todo era felicidad, alegría, amo
para Ernesto; yo era mas que su esposa, era la muge
que él habia conquistado, el ser que él habia creado
era su orgullo. ¡Qué tiempo tan feliz!.... te mar-
chaste.... Yo quedé ciega otra vez, y entonces cono-
cí toda la nobleza de su corazon, quiso renunciar a
mundo y yo me opuse.... porque hubiera perdid
su brillante carrera.... A los pocos dias recibió un bi
llete de convite para un gran baile diplomático; y
le fué preciso asistir á él, porque el Príncip
manifestó públicamente el deseo que tenia de ver-
le.... Y no sé por qué siniestros presentimiento
le supliqué que me permitiese acompañarle.... Cuan
do entré se interrumpió el baile, se quedó el salo
en silencio, y todos me rodearon manifestándom
lo mucho que se alegraban de verme.... pero en to-
dos aquellos que se dirigian á Valeria, ó que pronun
ciaban su nombre en voz baja, no reconocí mas qu
un solo sentimiento: ¡la compasion! ¡Oh! ¡cuánto pa-
decí!.... Aquella música, aquella alegría de los jóve
nes, aquella brillantez que sin duda deslumbraba,
aquellas olas de luz que alumbraban las sonrisas de
inteligencia y que se correspondian, todo aquel mo-

vimiento, todo aquel esplendor de la vida, al rededor de una ciega.... era.... una ironía cruel, un insulto que se hacia á la desgracia.... todo estaba en competencia conmigo, aquella escena seductora me causó el tormento tal vez mas horroroso que puede sufrir corazon humano.... Conocí que estaba sola!

Car. ¡Valeria!

Val. Dí un grito, como para pedir socorro en medio de aquella soledad, y una voz, que no era la de Ernesto, me contestó: solo el Príncipe no habia abandonado á la desgraciada Valeria.... Le pregunté si veia á mi esposo, y me dijo que estaba hablando con una jóven.... me hice describir su fisonomía y hasta los menores detalles del trage que llevaba.... por último, pregunté su nombre, disimulando con la sonrisa en los labios, las penas que oprimian mi corazon.... ¡Era Clarisa! ¡Clarisa de Seligmann!

Car. ¡Clarisa!

Val. ¡Qué! ¿la conoces tú tambien?

Car. Sí, es la misma de quien te hablé hace un momento, que conocí en Francia, la que me disputaba el corazon de Enrique.

Val. Te engañas, tu esposo es sincero, estoy segura que te ama porque no has perdido lo que te hacia amable á sus ojos; y si hubiese tenido algun pensamiento que hubiera podido ofenderte, una sola mirada tuya le hubiera hecho arrepentir.... ¡Impone tanto una mirada!.... ¡pero yo!.... ¡yo!....

Car. ¡Ah! tu corazon, Valeria, puede equivocarse con mas facilidad que el mio; la desgracia nos hace algunas veces injustas; ademas tú no tienes ninguna prueba, ni sabes....

Val. Hoy, hoy mismo lo sabré todo.... su padre lo quière.

Car. ¿Está aquí su padre?

Val. Y ella tambien.

Car. ¡Clarisa!

Val. Vas á verla, mi suerte adversa la detiene á mi lado; y su padre para aumentar mas mi tormento, me suplica que trate á su hija como á una amiga!.... Sí, yo tambien sabré engañarla.... para un corazon como el mio no hay nada real y verdadero mas que

la desgracia: las sospechas..... ¡ah! esto es todavía peor.

Car. Por Dios, Valéria, tranquilízate, (*Mirando.*) hácia aquí viene con su padre y la acompaña mi esposo y el tuyo.

Val. ¡Ernesto!.... le da la mano.... ¿no es verdad?

Car. ¡No, es Enrique!

Val. ¡Enrique!

Car. Ves como tenia razon; pero no importa, habla á esa jóven, y me dirás su secreto. (*Durante la escena que sigue Valeria se aproxima á Enrique, y le coge la mano, poniendo mucha atencion á sus palabras.*)

ESCENA IX.

DICHAS, EL BARON, CLARISA, ERNESTO, ENRIQUE Y BIRMAN.

Bar. (*Entrando por el fondo y señalando á Enrique.*) Con que vuestro amigo Mr. Milner es el mismo Baron d'Olbruck, el Secretario de nuestra embajada en Francia. ¡Qué satisfaccion!

Car. (*Adelantándose.*) La satisfaccion es para mi marido que encuentra aquí....

Bar. ¡Ah! ¡Señora!.... tengo el honor.....
(*Clarisa la saluda.*)

Car. (*Continuando.*) A una de las Señoritas alemanas que mas han brillado en París.

Bar. Mil gracias por el honor que haceis á mi hija.... (*Viendo á Birman acompañado de varios criados que traen á Ernesto y al Baron los avios de caza, Ernesto habla en voz baja á Birman que despues se aproxima á Clarisa.*)

Bar. Gracias á Dios. (*A Enrique.*) ¿Quereis asistir á nuestra cacería?

Ern. Tendré en ello un placer.

Car. (*Con viveza.*) Sí, sí, iremos en coche.

Bar. Eso es lo que se llama cazar á lo embajador. Vereis la fiesta de lejos, y despues comereis diplomáticamente la caza que matemos. (*A Ernesto.*) Vamos. (*A Clarisa.*) A Dios, Clarisa. (*A Valeria.*) Aquí

os dejo á mi hija, ya sabeis lo que hemos convenido; habladle como á una amiga.

Val. (*Estremeciéndose y soltando la mano de Enrique.*) Sí, como á una amiga.

Bir. (*Aproximándose y hablándole bajo.*) Señorita, ¿teneis algo que mandarme?

Clar. (*Dándole una carta.*) Este billete....

Birm. Está muy bien....

Val. (*Escuchando.*) ¡Ah!.... no puedo sufrir que hablen en voz baja á mi lado.... (*El Baron ofrece la mano á Carolina, que observa siempre á Clarisa y á Enrique.*)

Bar. Vamos.... Vamos.

(*Se oyen las trompas.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Un jardin inglés.—A la derecha un pabellon con ventana que da frente al espectador; se subirá á él por dos ó tres escalones.

ESCENA PRIMERA.

CLARISA Y VALERIA.

Se oyen á lo lejos las trompas de la cacería. Salen del pabellon Clarisa y Valeria, y se sientan en un banco al pie de un árbol colocado en medio del teatro.

Val. Quedémonos aquí.... (*Escuchando la trompa.*) ya suenan lejos.... (*Se sienta.*) ¿Estamos solas?

Cla. Sí Señora.

Val. (*Tocando el asiento próximo al suyo.*) ¿No os sentais?

Cla. (*Ap. y sentándose.*) ¡Estoy temblando!

Val. Tal vez os habrá disgustado quedaros á mi lado, y tendríais razon para quejaros de mí, si no hubiese cedido á las instancias de un amigo. Los que como yo se ven oprimidos por la desgracia, tienen tambien el triste privilegio de aconsejar á los demas. Separados del mundo, se crée que carecen de pasiones, y que son á propósito para dar consejos á los que aun las conservan. Con este título, con el de la desgracia, voy á hablaros, y no llevareis á mal....

Cla. (*Enternecida.*) ¡Señora!

Val. Esa es la opinion de vuestro padre.... y la mia ha sido aceptar lo que me proponia, porque deseaba manifestaros mi agradecimiento....

Cla. ¡Vuestro agradecimiento!.... (*Ap.*) ¡Dios mio!

Val. Mucho tiempo hace que me estais dando pruebas de amistad, pues es preciso apreciar mucho á una persona, para que una jóven llena de atractivos, y

teniendo á la vista un porvenir risueño, se decida á pasar largos y penosos dias al lado de quien carece de ambas cosas. Durante la ausencia de Ernesto.... (*Recargando esta palabra, movimiento de Clar.*) y aun despues de su regreso, vuestra atencion, vuestros cuidados han sido siempre los mismos; compadecida de mi situacion, habeis identificado vuestros deseos con los suyos.... lo he notado.... muchas veces de acuerdo con él....

Cla. ¡Con Mr. Halzbourg!.... Vuestra bondad exagera las atenciones.... Desde que llegó el Conde no he podido mostraros como debia mi agradecimiento por la hospitalidad que nos habeis dispensado: ocupada sin cesar en los preparativos de mi viage á Viena....

Val. Sin embargo, la oposicion que manifestais al enlace que se os propone, ha retardado vuestra partida....

Cla. Convengo en que ese enlace....

Val. (*Interrumpiéndola.*) Es muy ventajoso: el mayor de Silfort, es uno de los caballeros mas distinguidos de Viena, os ama, y....

Cla. ¡Me ama! un hombre que solo me ha visto dos veces, y de quien apenas me acuerdo.... Seguramente que su proceder me daria una grande idea de mi mérito si no tuviera yo otra mas exacta para juzgar, por su repentina pasion, de la facilidad con que dice.... ¡que ama!

Val. Por la espresion que dais á vuestras palabras, se conoce que comprendeis bien su sentido.... y debo créer como vuestro padre, que otro amor....

Cla. Mi padre.... se equivoca, Señora. ¿No se puede rehusar por ventura la mano de un hombre, por mucho que sea su mérito, sin haber dado á otro su corazon? ¡Ah! veo que tambien habeis interpretado la llegada de Mr. d' Olbruck y....

Val. No, no: no creo que le ameis; ni tampoco que él os ame. Cuando os habló hace un momento, escuché su voz y no estaba conmovida: toqué su mano y no temblaba.... No; Enrique no os ama, ni puede amaros.... En presencia de Dios juró eterna fidelidad á mi amiga; y si vos le amáseis, tendríais que

avergonzaros de vuestra eleccion, no podríais manifestarla libremente.... ¡Ah! no; vuestro corazon está libre.... Pero ¿por qué despreciais á Mr. de Silfort? ¿por qué afligís á vuestro padre cuando nadie duda que este himeneo os haria feliz?

Cla. ¿Nadie, Señora?

Val. Al menos aquí.... Ernesto en quien teneis tanta confianza....

Cla. ¿Mr. d' Halzbourg?

Val. Lo aprueba tambien.

Cla. ¿Vuestro marido?

Val. ¿Y cómo no lo ha de aprobar siendo vuestro amigo?

Cla. (*Levantándose.*) Señora, á pesar de mis pocos años, tengo bastante esperiencia del mundo para saber que cuando se trata de un casamiento, nuestros mejores amigos son nuestros mas crueles perseguidores; y si es cierto que Mr. d' Halzbourg....

Val. (*Levantándose.*) ¿Lo dudais acaso?.... ¿Y si yo os dijera que ha hablado al Baron, para que insista en su resolucion con respecto á vos?....

Cla. Me atreveria á asegurar que es imposible.

Val. Mirad lo que decís.... ¿por qué sería imposible en Mr. d' Halzbourg? ¡Oh! Hablad, hablad.

Cla. ¿Qué sé yo, Señora?.... Porque todos conocen al Conde, porque este enlace es contra su modo de pensar, porque las riquezas y los honores no tienen ningun valor para él.... ¿No lo prueba así vuestro casamiento? Perdonadme, perdonadme; pero vos tambien me haceis padecer.... ¿No ha visto como vos, como todo el mundo, mi repugnancia á ese casamiento? ¡No parece sino que se complacen en atormentarme todos aquellos en quienes debia encontrar un apoyo! ¡hasta mi mismo padre me persigue!.... ¿Y qué quieren de mí? ¿que sea la esposa de Mr. de Silfort?.... Nunca lo seré. Si me llego á casar, ha de ser con el hombre á quien ame.

Val. ¿Con el hombre á quien ameis?

Cla. Si Señora, quiero amar á mi marido, como vos amais al vuestro.

Val. ¡Como yo amo al mio!.... ¡Ah!.... ¡muy dichosa seríais entonces!.... ¿y en pago de ese amor querríais tal vez ser amada como yo lo soy?

Cla. Pero....

Val. Respondedme.... ¡oh! respondedme.... ¿querríais ser amada como yo lo soy?

Cla. Yo no puedo responderos.... el Conde.... no sé....

Val. ¡Todo.... todo.... lo sabeis! Conoceis mis tormentos, mis pesares, mis lágrimas.... las habeis visto, y no habeis venido á consolarme.... ¿y por qué? Vos que sois tan buena, tan compasiva.... ¿por qué? ¡Ah! yo os lo diré....

Cla. (*Temblando y casi de rodillas.*) Señora....

Val. ¿A qué viene ese llanto? ¿esa emocion? ¿por qué os alejais de mí? Venid, venid, acercaos á la muger engañada.... bien sabeis que yo lo soy.... ¡Yo tambien lo sé! La ciega lo sabe todo. Dios la ha dotado de un poder que vos no comprendeis, de un conocimiento que vos no teneis. Una jóven se presentó en un baile.... era elegante y hermosa.... Llamó la atencion de Ernesto.... y yo pobre ciega, que no soy ni hermosa ni elegante, fuí olvidada, olvidada.... ¡por ella, por vos!

Cla. Señora....

Val. ¿No es verdad que he sido engañada por vos?.... ¡oh! decídmelo al menos.... decídmelo por favor.... ¿no es verdad? Acercaos, poned vuestra mano en la mia, que yo sabré conocer si es una mano leal!

Cla. (*Con voz débil.*) ¿Sois inexorable, Señora?

Val. ¿Y son las lágrimas la única respuesta que teneis que darme? ¡ah!.... ¡si yo pudiese veros!.... vuestro semblante estará encendido de vergüenza. (*Escucha.*) ¡Ah! vuestros sollozos parten de ahí abajo.... ¡ah! se oyen donde deben, ¡á mis pies!

Cla. ¡A vuestros pies!.... Señora.... respeto el dolor; pero no reconozco en vos ningun derecho para injuriarme.... habeis abusado de la confianza de mi padre y no quiero responderos. Permitidme que vaya á esperarle; cuando regrese os prometo que mi presencia no volverá á incomodaros. (*Vá á salir.*)

Val. (*Deteniéndola.*) Nó, quedaos.... (*Llama.*) ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!.... (*Acercándose otra vez á Clarisa.*) Solo consintiendo al enlace que se os propone, podreis convencerme de que han sido infundados mis

recelos.... volveré á saber vuestra resolucion.... sino consentís, me veré precisada á revelar al Baron todo lo que ha pasado.... Habeis sembrado en mi alma un sentimiento estraño hasta ahora para mí.... y aunque me hace aborrecer á mí misma, sin embargo debo obedecerle.... Tendria bastante valor para perdonar al que hubiese intentado asesinarme, pero al que me tiene en una agonía contínua, al que no me deja respirar un momento con tranquilidad.... ¡ah! no, nunca, nunca! Esperadme.... ¡á Dios! (*Ambrosio se ha presentado en el foro y Valeria se vá con él.*)

ESCENA II.

CLARISA, *sola.*

¡A sus pies! sí.... iba á postrarme.... á pedirle perdon.... ella no lo ha querido.... Su orgullo ha destruido mis remordimientos. ¡ah! Ernesto, ¿por qué me abandonas? ven, yo no puedo estar sola.... ¡oh! sino viene alguno.... mi cabeza.... ¡Ah! mi cabeza pasa de una á otra impasion.... Congojas por un lado.... desgracias y espanto por otro. ¡Ernesto! ¡Ernesto!.... (*Viendo venir á Ernesto por la puerta pequeña le sale al encuentro.*)

ESCENA III.

ERNESTO, Y CLARISA.

Ern. ¡Clarisa!

Cla. ¡Ah! es él (*Mudando de tono y llorando.*) ¿Por qué me habeis dejado tanto tiempo abandonada á mí misma?

Ern. Temia tu entrevista con Valeria, y á pesar de que todos observaban mis movimientos en el bosque....

Cla. No he podido escribiros mas que dos palabras....

Ern. ¿Me has escrito?

Cla. ¿No os ha entregado un billete Birman?

Ern. No....

Cla. ¡Cielos!

Ern. En efecto, he notado que me seguia, yo queria

hablarle, pero Enrique no se ha separado un momento de mi lado, afortunadamente un jabalí perseguido por los cazadores llamó su atencion, y he podido dejarle sin que notasen mi falta.

Cla. Pero ¿y el billete?

Ern. Tranquilízate; Birman está vendido á nosotros y lo conservará.—¿Qué me decias en él?

Cla. Os pedia que evitáseis la entrevista que iba á tener con vuestra esposa por temor de descubrir la verdad.

Ern. ¿Y qué le has dicho?

Cla. Yo, nada.... mi desesperacion, mis lágrimas se lo han revelado todo....

Ern. ¡Ah! una vez que nada has dicho....

Cla. Pero si todo lo sabe.... es imposible engañarla... ¡Os ama tanto!

Ern. ¡Ah! ¿por qué me echas en cara ese amor que me hace criminal, que no cesa de atormentarme? ¿no me amas tú tambien?

Cla. Mas que ella, mas que ella, Ernesto; ¡por tí me he perdido!

Ern. ¡Ah! Clarisa, yo tambien he cometido una horrorosa perfidia, y he cargado con la inmensa responsabilidad de un porvenir desgraciado!.... Yo habia previsto las sospechas, el dolor y las lágrimas que esperaban á Valeria, y sin embargo no pude vencer mi fatal pasion. Sabia que te hacia desgraciada, queria huir de tí.... y siempre me encontraba á tu lado. Para obtener tu cariño ¿no me humillé á mentir infamemente? ¿no te oculté mi matrimonio?.... Por tí he procedido como un vil. Te he arrebatado el amor puro de un esposo, el cariño de un padre, las simpatías de tus amigos, la confianza y amistad de todos; sí, te he arrebatado todos los apoyos del corazon humano para que solo en el mio pudieses desahogar tus penas.... ¿Crées ahora que eres amada?

Cla. Esos tormentos, Ernesto, esas miserias, que tu fatal amor me ha causado, han llegado á su colmo.... y ya nada puede aumentar mi desgracia.

Ern. ¿Qué significan esas palabras? ¿qué nuevo misterio? á no ser por el respeto á la desgracia de Valeria, y al honor de tu padre....

Cla. La desgracia de Valeria no se ha respetado; el honor de mi padre tampoco.... escucha, escucha, Ernesto. ¡Cielos! ¡la Condesa!

(*Vá á huir pero Valeria está en medio del Teatro.*)

Ern. (*Haciéndola entrar en el pabellon.*) No, ahí, ahí. (*Clarisa entorna la ventana del pabellon que dá al frente del espectador.*)

ESCENA IV.

VALERIA, ERNESTO Y CLARISA *en el pabellon.*

Val. ¿Estais aquí, Ernesto?

Ern. (*Saliéndole al encuentro.*) Sí, Condesa.

Val. ¿Solo?

Ern. Solo.

Val. ¿No estaba con vos la hija de Mr. de Seligmann?

Ern. Acaba de salir.

Val. Me esperaba.

Ern. Me lo ha dicho.

Val. ¿Y por qué se ha marchado?

Ern. Se lo he suplicado.

Val. ¿Y qué motivo?....

Ern. Preveia la entrevista que podíais tener con ella, y he venido....

Val. ¿A estorbarla?

Ern. ¿Y por qué no lo he de confesar? ¿no conozco vuestras inquietudes? ¿vuestras sospechas? ¿me las habeis ocultado acaso?.... Esta entrevista no podia tener el resultado que Mr. de Seligmann se proponia, y no debia tener efecto.... era engañarle.

Val. ¡Engañarle! ¡engañarle!.... ¿y sois vos quien se atreve á decirlo? Sí, el Baron ha sido engañado; ¿pero soy yo quien le engaña?

Ern. ¡Señora!

Val. ¿Soy yo quien le engaña? ¡ah! Caballero.... Mira, Ernesto, ya no puedo fingir por mas tiempo; ya no puedo sufrir en silencio.... esa Clarisa.... (*Movimiento de Ernesto.*) perdóname si te hablo de ella otra vez.... harto tiempo me he resignado.... pero te amo y temo— ¡Oh! no me respondas aun.... Yo no te he dicho quizás todo lo que puede disculparme,

justificar mis temores, mis lágrimas y atraerte á mí, si ya no me amas.... Escucha, escúchame: todo mi consuelo, toda mi felicidad en medio de mis desgracias es tu amor, y desde que has visto á esa muger.... ya no me atrevo, ni puedo créer en él.... no, ya no te inspiro mas sentimiento que la compasion.

Ern. ¡Valeria!

Val. Pues bien, por compasion deja marchar á esa Clarisa.... deja que se vaya... por compasion vuélveme el corazon de mi Ernesto.

Ern. Tranquilizaos. Semejantes sospechas....

Val. Decidme que son infundadas, que me amais siempre con igual pasion.... Pero Clarisa ve que no me amais, que no podeis amarme.... y esta es su disculpa.... y este es el motivo porque yo he deseado esta entrevista.... Podia créer que mi corazon estaba marchitado por el amor.... y he querido decirle que ella me lo despedazaba; tenia derecho para hacerlo, era mi deber.... ¿No pudiera esa jóven hacerse criminal?.... era preciso advertirla á tiempo.

Ern. ¡Por favor, Valeria!

(*Clarisa entreabre la ventana del pabellon; escucha con inquietud.*)

Val. ¿Y cuál hubiera sido el resultado de esa pasion?.... vuestra fuga.... el abandono de un padre, y de una esposa; ella le habria dejado.... juzga cuál sería su desesperacion.... Te hubiera arrebatado á mí.... y yo hubiera muerto; sí, muerto!—¿y crées tú que la amarías mucho tiempo?.... ¡No, tarde ó temprano, asociados por el crímen, el crímen os hubiera separado; entre tu corazon y el suyo habria habido dos existencias marchitadas; un dia ella te aborreciera; y tú, tú la rechazáras y la maldijeras!

Cla. (*Llorando y tapándose la cara con las manos.*) ¡Dios mio!

Ern. (*Fuera de sí de agitacion.*) ¡Calla; calla!.... ¡en nombre del Cielo!

Val. Tenia zelos, era injusta sin duda, pero me contenia hace tanto tiempo: ¡estaba tan oprimido mi corazon!.... He reflexionado, la compadezco, y.... y mira, cuando he entrado venia á pedirle perdon.

Cla. ¡Perdon á mí! (*Baja los escalones del pabellon*

y parece que quiere precipitarse á los pies de Valeria. Ernesto la detiene con una mirada.)

Ern. ¡Señora!.... ¡Valeria!.... ¡Ah! ¡eres un ángel de bondad y de candor!

Val. Ahora que ya estoy mas tranquila no le hago ninguna reconvencion, sufro y debo sufrir sin quejarme, porque tal es mi destino; Dios no ha querido que tuviese en tí ninguna influencia.... no ha bendecido nuestra union, no ha permitido que fuese madre. (*A esta palabra la cara de Clarisa espresa una emocion violenta: Ernesto la mira y adivina lo que pasa en su interior.*)

Ern. ¡Cielos!

Val. Si lo fuese, Ernesto, estaria segura de tu corazon: para hacerte avergonzar de sus faltas, para obligarte á que me volvieses tu amor, pondria nuestro hijo en tus brazos, y entonces....

Cla. (*Que hace un momento que apenas puede tenerse de pie, da un grito ahogado y se desmaya.*) ¡Ah!

Val. (*Volviendo á su primer movimiento de zelos, y pasando rápidamente por delante del Conde para ir hácia el sitio de donde ha salido la voz.*) ¿Qué voz es esa?

ESCENA V.

DICHOS Y AMBROSIO.

Ambrosio que ha entrado á las últimas palabras, y al último incidente de la escena precedente, ha seguido el movimiento de Valeria, y se ha colocado entre ella y Clarisa que está desmayada; en este momento Valeria alarga la mano como para agarrar el objeto que ha oido caer, y se apodera del brazo de Ambrosio; durante este tiempo el Conde vá poco á poco donde está Clarisa, y la hace sentar en el pabellon.

Amb. Soy yo, Señora.

Val. ¿Ambrosio?

Amb. Venia.... corriendo.... se me ha torcido un pie.... y como soy tan viejo... perdonadme.... (*Volviéndose á Ernesto.*) ¡Ah! Señor Conde.... es una infamia.

Val. ¿Pero qué me quieres? ¿para qué tanta prisa?

Amb .Queria.... queria decir al Señor Conde.... yo no sé lo que pasa: pero cuando Mr. Milner se apeó, se aproximó á él el Baron: han hablado un rato con bastante calma, luego se han acalorado.... se han enfurecido.... y Madama d' Olbruck se interpuso.... yo no sé.... se crée.... mirad.... aquí vienen.... (*Valeria sube á la escena con inquietud.—A Ernesto que sigue mirando en el pabellon.*) Ha sorprendido el Baron una carta en poder de Birman....

Ern. ¿Qué dices? ¡la carta de Clarisa!

Amb. Se la ha arrancado diciendo. ¡«El sello de mis »armas! ¡No tiene sobre"!.... No he podido oir nada mas, y he venido corriendo, sospechando....

Val. (*Bajando á la escena.*) ¡Ernesto!

Ern. (*A Ambrosio, mostrándole á Clarisa en el pabellon.*) Socórrela en nombre del Cielo.

Amb. ¡Pobre Valeria! (*El Conde va á dar la mano á Valeria, Ambrosio ha cerrado las ventanas del pabellon.*

ESCENA VI.

EL BARON, ENRIQUE, CAROLINA, ERNESTO Y VALERIA.

Bar. (*Entra hablando con Carolina.*) Señora, este no es asunto de mugeres; se trata de una cuestion de honor, y quiero que vuestro esposo me aconseje; vos....

Car. Parece, caballero, que me estais amenazando.

Val. (*Con inquietud.*) ¿De qué se trata?

Ern. ¿Baron?

Bar. Disimulad, Conde, disimulad, Señora.... pero la turbacion que esperimento.... (*Enseñando un papel que arruga entre las manos.*) Sí, la turbacion.... Un amigo mio.... de las principales familias de Alemania, que no tiene mas bienes que el antiguo honor de sus abuelos, y una hija que era la felicidad y el orgullo de su vejez.—Queria unirla á un hombre de su eleccion y acaba de descubrir que este himeneo no se puede efectuar.... Un seductor ha logrado dominar el ánimo de la jóven, hasta hacerla olvidar el cariño que debia á su padre, y la deses-

peracion á que iba á reducirle: he sorprendido una carta que ella escribia á ese hombre!.... y el miserable está casado!

Grito general. ¡Casado!

Val. (*Con dolor profundo.*) ¡Ah! ¡Ernesto!

Car. (*Con rabia.*) ¡Enrique!

Bar. (*Enseñando la carta á Enrique.*) Mirad, aquí está.... ¿la veis?.... aconsejadme.... ¿qué debo hacer? ¿cómo debo castigar al infame á quien fué dirigida?

Ern. (*Con resolucion.*) ¡Baron!

Car. (*Conteniendo á su amiga.*) ¡Valeria!....

Enr. (*Tomando á Ernesto la mano y enseñándole á Valeria.*) ¡Mira!.... (*Señalando la carta.*) No saben que era para tí.... no me desmientas.

Bar. (*A Enrique.*) ¡Y bien!

Enr. No puedo negarlo: (*Haciendo un esfuerzo.*) esta carta era para mí.

Car. (*A Enrique.*) ¡Y os atreveis á confesarlo!.... ¡Ah!.... El divorcio....

Todos. (*Cada uno le da el sentido que le conviene.*) ¡¡El divorcio!!

Bar. (*A Enrique.*) ¡Infame!.... me vengaré.... (*Se precipita sobre su escopeta y apunta á Enrique: le detienen.*)

ESCENA VII.

DICHOS, CLARISA Y AMBROSIO.

Cla. (*Arrancándose de los brazos de Ambrosio, y precipitándose fuera del pabellon, va á caer á los pies del Baron dando un gran grito.*) ¡Padre mio!

Bar. ¡Clarisa!.... (*Se vuelve á Enrique, y le aprieta la mano con fuerza.*) Mañana á las cinco, hasta la muerte de uno de los dos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon.—A la izquierda del espectador un buró; en el fondo una puerta: dos laterales, la de la izquierda conduce á la habitacion de Ernesto, la de la derecha á la de Valeria.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO, *solo.*

(*Sentado á una mesa á la derecha del espectador, tan pronto escribe, como se detiene.*)

Ern. La mano me tiembla como si firmase una sentencia de muerte.... ¡Es preciso!.... la desesperacion causaria la muerte de Clarisa, y no me queda otro recurso.... (*Se acerca á la puerta de la habitacion de Valeria.*) ¡Valeria! quizá por la primera vez de tu vida duermes tranquila esta noche creyendo en mi amor.... quizá sueñes con la felicidad.... ¡Ah! si supieras lo que te espera al despertar. Cuando léa este papel conocerá que he debido tomar esta determinacion; (*Señalando el buró.*) mañana lo hallarán, y mañana.... no seré mas feliz que ahora, ni menos delincuente.... pero.... pero habré salvado los dias de Clarisa y de su hija (*Volviéndose.*) ¡Alguien viene! (*Esconde la carta en el bolsillo.*)

ESCENA II.

ERNESTO, Y ENRIQUE *que entra por el foro.*

Ern. ¡Ah! ¿sois vos, Enrique?

Enr. Os buscaba.

Ern. ¡Cuántos disgustos os he causado!

Enr. Si fuese yo el único que sufriese por vos.... tal vez no me quejaria; pero mi esposa.... Valeria....

Ern. ¡Ah! Valeria....

Enr. Para tranquilizarla he renunciado á su aprecio y á su amistad, acusándome de una falta imperdonable que no habia cometido. Mi muger no quiere verme.... y yo no puedo dirigirle una palabra de consuelo: mi posicion no me permite justificarme. El baron de Seligmann se enfada, acaso por la primera vez de su vida: crée que soy un infame y quiere batirse mañana conmigo.

Ern. No lo permitiré.

Enr. Ya conocereis que no puedo seguir en esta posicion; si vuestra causa fuese justa, sería para mí un honor el batirme por un amigo, pero vuestra conducta no tiene disculpa.

Ern. No seais tan severo, Enrique, y mucho menos en este momento.... ¡Ah! si las penas que uno sufre pudiesen hacer olvidar sus faltas, si la fatalidad...

Enr. La fatalidad.... escelente razon para todo el que no refrena sus pasiones! Solo las almas débiles créen en este ciego poder.

Ern. Y solo las almas de hielo moralizan con frialdad.

Enr. Ernesto.... no hace mucho que para salvaros he arrostrado la cólera de Carolina y el desprecio de Valeria.

Ern. ¡Ah! perdonadme, perdonadme; no parece sino que he nacido para hacer desgraciados á cuantos me aprecian.... (*Toma la mano á Enrique, y se la aprieta contra su corazon.*) Estos latidos os dirán lo que yo padezco.... ¡Ah! vos no sabeis de qué modo, por qué inclinacion irresistible he llegado á la situacion en que me veis. En mi ausencia, compró Valeria esta quinta, y sin embargo de que ya sospechaba mis relaciones con Clarisa, se estableció en ella. ¿Era este un lazo que se me tendia para sorprender mi secreto? ¿era indiferencia ó seguridad? ¿por qué no me dijo cuando regresé que estaban todavía aquí el Baron y su hija? A cada momento veia á la muger que amaba, en todas partes la hallaba, hasta cuando queria huir de ella.... y no sé porque formaba Valeria tanto empeño en presentarla siempre á mi vista. Perdonadme, Enrique; pero al ver á esa muger herida desde su nacimiento por la desgracia, á quien solo he hecho feliz por un momento para sumergirla

despues en un caos de nuevos infortunios, al verla marchitada antes de tiempo, y al lado de la jóven y hermosa Clarisa.... ¡oh! ¡cuántos esfuerzos he hecho para desterrar esta idea de mi imaginacion! pero yo veia.... yo no era ciego.—¿Vos no creeis en la fatalidad? pues bien, esplicadme esto. Clarisa y yo conocíamos nuestra situacion, y un dia convenimos en que debíamos separarnos, nuestras manos se estrechaban para darnos el postrer adios cuando vino Valeria.... y por ella, para evitarla un pesar, guardamos silencio, huimos juntos: Clarisa se desmayó, yo la sostuve en mis brazos, apoyó su cabeza en mi hombro.... y aquel aliento que yo respiraba, aquel aire ardiente, aquel aire de fuego.... fué una embriaguez, y luego.... ¡ah! ¡amigo mio!....

Enr. Y luego.... Valeria fué abandonada.... ¿Pero qué pensais hacer? ¿Qué podeis esperar?.... Esa jóven.... ese padre anciano que exige una satisfaccion.... ¿O quereis tambien estinguir esta familia despues de haberla deshonrado?

Ern. ¡Enrique! os juro que este duelo no tendrá efecto, pero dejadme, en este instante no estoy en estado de escuchar vuestras reconvenciones. Muchas veces he puesto á prueba mi energía, y ni la desgracia, ni el peligro, ni el temor de la muerte han podido hacerme retroceder un paso; pero un tormento que no conocia él, de hacer desgraciados á los demas.... ¡Ah!.... creedme.... este tormento oprime mi alma, y ya que vos no lo sentís, Enrique, compadeceos al menos del que lo padece, y no me dejeis sin darme un abrazo.

Enr. (*Apretándole la mano.*) ¡Amigo mio! hasta mañana....

Ern. Mañana quedareis justificado á la vista de todo el mundo, y la tranquilidad reinará otra vez en vuestra casa; en la mia desgraciadamente es imposible.

Enr. Cuando Clarisa no esté en ella....

Ern. ¿Qué decís?

Enr. Sí, Ernesto, es preciso, es indispensable que marche, ó de lo contrario me sentiría con bastante valor para deciros lo que ahora vuestro dolor me obliga á callar. Nada temais, ya todo está dispuesto

para que esta noche quede olvidado cuanto ha pasado; tranquilizaos y esperemos un porvenir mas lisongero.... Voy á descansar un rato.

Ern. (*Ap.*) ¡Descansar! ¿y puede pensarlo siquiera?

Enr. (*Le dá otra vez la mano.*) Hasta mañana.

Ern. A Dios, Enrique, á Dios. (*Vdse Enrique por el foro: Ernesto se queda solo, y encierra en el buró la carta que ha escrito en la primera escena, y despues volviéndose esclama.*) ¡Valeria!.... ¡aquí viene!.... á Dios.... á Dios para siempre. (*Vdse por la izquierda, Ambrosio entra por la derecha.*)

ESCENA III.

AMBROSIO, *y luego* VALERIA.

Amb. No hay nadie. El señor Conde acaba de entrar en su habitacion; venid, venid, Señora Condesa. (*Le dá la mano y salen á la escena.*)

Val. No hagas ruido, no sea que nos oigan, sobre todo Ernesto.... quiero sorprenderle.

Amb. ¡Sorprenderle!

Val ¡Cuán injusta he sido! no era á él á quien escribia.... ¡ah! estaba loca.... no la ama, ni la ha amado nunca.... ¡Qué feliz soy!.... ya no tengo zelos.

Amb. (*Ap.*) ¡Crée ser feliz cuando es mas desgraciada que nunca!.... no destruyamos su ilusion. (*Alto.*) ¿Qué caja es esa, Señora Condesa?

Val. Es el despacho de la órden de Neutard que he conseguido para mi Ernesto.

Amb. ¡Ah! el gran cordon....

Val. Cuando se levanta viene á trabajar á este escritorio; mañana al abrirle se encontrará agradablemente sorprendido; y yo seré feliz si le oigo decir: se acordó de mí: esta recompensa debida á mis trabajos y á mis talentos.... es un recuerdo de Valeria. (*Pasa por delante de Ambrosio para ir al escritorio.*)

Amb. (*Deteniéndola.*) Aguardad.... que oigo pasos.

Val. ¿Es él?

Amb. No Señora.... Madama Milner.

Val. ¡Carolina! ¡ah! cuánto la compadezco! desgraciada.... tiene zelos.... ¡Ambrosio!

Amb. Os comprendo, Señora.... quereis quedaros sola con ella, decirle lo que yo os decia cuando dudábais del amor del Señor Conde.... os dejo, luego volveré. (*Ap.*) ¿Qué se dirán? ¿si destruirá su ilusion? (*Váse y saluda á Carolina que entra por el foro.*)

ESCENA IV.

VALERIA Y CAROLINA.

Val. ¡Carolina!

Car. ¡Ah! ¿eres tú, mi buena amiga?

Val. ¿Estás muy afligida?

Car. Desesperada.

Val. ¡Pobre Carolina!

Car. ¿No es verdad que ha procedido como un infame?

Val. Sí, pero las palabras de una amiga te consolarán.

Car. Él, á quien amaba tanto! él, á quien he preferido á los mejores partidos de Alemania! él, que en los primeros años de nuestro matrimonio me acusaba siempre de ligera, de coqueta.... no dirigirme ahora ninguna queja, estar tranquilo, sosegado!.... bien decia yo que esto no era natural.

Val. ¡Son tán crueles los zelos, Carolina!

Car. ¿No debiera haber venido á postrarse á mis pies, á pedirme perdon, á suplicarme? tal vez....

Val. Pero si tú no quieres oirle.

Car. No importa, hubiese insistido, hubiese hablado.... pero si no ha procurado verme; al contrario huye de mí, le he visto que se dirigia á esta habitacion, y cuando he llegado ya no estaba.... ha entrado en su cuarto, y tal vez está durmiendo tranquilamente.

Val. ¡Oh! estoy segura que se habrá arrepentido.... yo le hablaré, le manifestaré tus penas, tus lágrimas....

Car ¡Mis lágrimas!.... ¡oh! no.... yo no lloro.

Val. ¿No?

Car. No; no lloro porque sufro demasiado; ¿te contentarías tú con llorar si tuvieses la conviccion?....

Val. Sí, lloraria.... y despues....

Car. ¿Y despues?

Val. Moriria.

Car. ¡ Morir! ¡ Ahora conozco que no tenemos el mismo carácter! Olvidemos mis penas, y ocupémonos de tu felicidad.

Val. ¡De mi felicidad cuando te veo padecer como padecia yo esta mañana! —No importa.... eres mi mejor amiga, y Valeria no debe tener contigo ningun secreto. (*Va al buró.*) Mira, mañana cuando Ernesto se levante encontrará aquí.... (*Al colocar la caja en el escritorio toca la carta*) ¿Qué es eso?.... una carta.... y está cerrada.... ¿para quién será? míralo, Carolina.

Car. ¿Para qué?

Val. En verdad que.... pero míralo, te lo pido por favor.

Car. (*Leyendo.*) «A Madama....

Val. ¿Madama?....

Car. «Carolina Milner.

Val. ¡Para tí!

Car. Para mí.... sí.... pero yo no comprendo.

Val. Ni yo.... ¿Por qué te escribirá cuando puede verte á todas horas? ¡es estraño!.... ¿No la lées?

Car. Pero....

Val. Puedes leerla.... sí.... debes leerla, ¿no es para tí?.... léela.... en nombre del Cielo te pido que la leas

Car. Tú lo quieres.... (*La abre y lée.*) «Señora: Enrique no es culpable, os lo juro por mi honor?.... (*Hablando.*) ¿Será verdad?

Val. ¡No es culpable!

Car. (*Leyendo otra vez.*) «Os lo juro por mi honor".... ¡Oh! ¡lo creo!

Val. Sigue.

Car. (*Leyendo.*) «Por un rasgo de generosidad se ha acusado de una falta que no ha cometido."

Val. ¡Una falta que no ha cometido!

Car. «El culpable es".... (*Ap.*) ¡Gran Dios! ¡Pobre Valeria!

Val. Y bien.... el culpable es.... sigue, sigue....

Car. (*Finge seguir leyendo.*) Es.... es un amigo nuestro que no creo necesario nombrar.

Val. Carolina, tú me engañas.... ¡oh! ¡tú me engañas!.... ¿quieres que te diga lo que dice esa carta?...

¡el culpable es Ernesto!.... si él, él es.... ¿no es verdad que es él?

Car. Amiga mia.... mi querida Valeria....

Val. ¡Ah! ¡tú no sabes mentir!.... acaba; tengo bastante valor para oirla hasta el fin.

Car. No, no la leeré.

Val. Pero.... ¿por qué te escribe á tí?.... ¿Quiere abandonarme?.... ¿Te encarga que le despidas de mí?.... Lée, lée, Carolina.... por piedad no me niegues este favor.... ¿porque soy ciega, tiene ya todo el mundo derecho para engañarme?

Car. Te equivocas.... te aseguro que esta carta.... (*Vá á romperla y Valeria se apodera de ella.*)

Val. Sabré su contenido.

Car. ¿Qué vas á hacer?

Val. Voy á llamar á mis criados.... á Ambrosio, no; me engañaria como tú, pero por el oro encontraré quien me diga la verdad.

Car. Detente, detente.

Val. (*Volviendo y tomándole la mano.*) Piénsalo bien, estos secretos solo deben saberlos nuestros amigos, pero si tú te niegas á ello, daré un escándalo.... Quiero conocer mi suerte, esta incertidumbre es mil veces mas cruel que la misma muerte.... Carolina, acábame de léer esta carta.... te lo suplico.... lo quiero! (*Le arrima la carta á los ojos, teniéndola siempre bien agarrada.*)

Car. (*Leyendo con trabajo, y casi llorando.*) «Cuando »leais este escrito, estaré muy lejos de vos.... me es preciso marchar"....

Val. ¡Preciso!

Car. «Colocado entre dos víctimas, entre dos mugeres »que el amor que á una profesaba causaba la desgra»cia de la otra, me ha sido preciso elegir: la una es »un modelo de valor, de energía y de resignacion.... »Solo puedo implorar su clemencia, he sido muy in»justo con ella. La otra mas débil, pero no menos dig»na de lástima, hubiera muerto de desesperacion.... »¡era madre!"

Val. ¡Madre!

Car. »Y no he tenido bastante valor para dejarla morir."

Val. Basta, basta, Carolina; ¡era madre!.... ya está decidida mi suerte.... debo resignarme; debo ser la mas desgraciada de todas las mugeres: era natural, ¿no es verdad, Carolina?

Car. ¡Valeria!

Val. (*Con delirio.*) Ha implorado mi clemencia, y yo le perdono; ha apelado á mi energía, y ya ves que tranquila estoy.... no lloro, ni padezco tanto como si solo tuviese sospechas; yo soy.... No sé qué especie de placer esperimento en conocer mi suerte: en fin, ya no es un error, ya no es una ilusion.... ya no tengo zelos!

Car. ¡Ah! vuelve en tí, ese delirio....

Val. No, yo no deliro, no.... estoy tranquila, Carolina,.... ha hecho bien en confiarse á tí, á tu marido.... ha hecho bien en créer que no abandonarias á la pobre Valeria.

Car. Jamas.

Val. Seguiré tus consejos, tendré bastante valor para no morir.... Sí, estoy tranquila, ya no tengo que temer nuevas penas, y creo..... pero.... pero dime, Carolina.... ¿Es muy hermosa esa Clarisa?

Car. Aleja de tí tan tristes ideas; pensemos solo en el modo de detener á Ernesto.

Val. Y van á marchar, y yo á quedarme en este castillo.... en este castillo que tendré que agradecer á su generosidad.... ¡Ah! ¡qué feliz es ella! por qué no me habrá dicho á mí, huyamos, Valeria, y participarás de mi pobreza.... pero yo te amaré.... te amaré siempre.... siempre.... como antes.... No, él no debia emplear este lenguage contigo, pobre insensata.... sino con tu rival, con tu hermosa rival! que con sus ojos ofusca su razon y destruye tu felicidad.... ¡Ah! Carolina, yo he confiado demasiado en mí misma.... no, no quiero que se vaya con ella.... quiero hablarle.... quiero decirle que no marchará.... Ven, acompáñame.... Yo no puedo ir, ni nunca podré.... ¡Ah! (*Dejándose caer en los brazos de Carolina.*) ¿Pero es muy hermosa esa Clarisa?

Car. No desconfies, Valeria, es indispensable que le veas.... es preciso impedir que lleve á efecto tan horroroso designio.... Vamos. (*Van á salir.*)

ESCENA V.

DICHAS, Y AMBROSIO.

Amb. ¡Ah! señora Condesa, señora Condesa.... ya no puedo ocultar por mas tiempo la verdad.... lloro de despecho y de pesar.

Val. Pues qué ¿sabes tambien, Ambrosio?

Amb. Todo lo sé, Señora.... En las verjas del jardin hay una silla de posta que marcha á las dos.

Car.
Val. } ¡A las dos!

Amb. Pero yo me opondré á que marchen: no los dejaré partir.

Val. Tienes razon, no deben salir de este castillo, se quedarán.... Es preciso que.... ¡Ah! yo no sé lo que digo.... yo no sé lo que hago.... mi cabeza está trastornada.... mil ideas.... mil proyectos.... sí, lo he resuelto, yo lo quiero!

Car. Esplícate, Valeria.

Val. Nada.... aun no sé qué partido tomaré; solo estoy segura de una cosa, de una sola cosa.... que no quiero que marche. (*Váse por la puerta de la izquierda con Carolina.*)

ESCENA VI.

AMBROSIO, *solo.*

Amb. Pobre Valeria, como la compadezco. (*Mira el relox que debe señalar la una y media.*) Ya es la una y media.... el momento se acerca.... El tiempo vuela... ¿Qué pensará hacer la señora Condesa para impedir ese viage?.... No me ha dado ninguna órden.... sin embargo, yo voy.... ¡Gran Dios! Mr. de Seligmann.... ¿qué nueva desgracia se preparará?

ESCENA VII.

AMBROSIO Y EL BARON.

Amb. (*Saliendo al encuentro.*) Vos aquí á estas horas, señor Baron!

Bar. Vengo en busca de tu amo.

Amb. Pero tan tarde.

Bar. Necesito hablarle.

Amb. (*Señalando al relox.*) Señor....

Bar. Ya sé que es una hora intempestiva.... pero las circunstancias me disculpan; anúnciame.

Amb. (*Ap.*) Si llega á entrar, preveo.... que haré.... yo no sé.... no me han dado ninguna órden. (*Se va alejando lentamente.*)

Bar. (*Despues de un momento de reflexion detiene á Ambrosio, y luego teniéndole siempre por la mano, le hace bajar al proscenio.*) Escucha: tú no ignoras lo que ha pasado hoy en este castillo. Mañana debe verificarse un duelo, y un duelo á muerte debe ser legalizado como un contrato, presidiéndole dos hombres para atestiguar que tal ó cual ha sido bien ó mal muerto.... Seguramente Mr. d' Olbruck habrá elegido para su segundo á tu amo... yo tambien debo presentar el mio.... y en este caso he contado contigo... eres honrado y basta.

Amb. ¡Yo! señor Baron.

Bar. Te acuerdas de que algunas veces me he mostrado orgulloso contigo, y quieres vengarte; Ambrosio el antiguo criado de Valeria puede negarse á dar la mano á un baron del santo Imperio, porque su sangre es mas noble que la mia.... él no tiene ninguna hija deshonrada.

Amb. ¡Ah! Señor.

Bar. No; yo no puedo pensar en ese hombre sin encolerizarme; en ese hombre que ha destruido para siempre mi felicidad y la de mi hija.... ¡mi hija! aun no hace una hora que la he visto.... estaba pálida, temblando, quise reprenderla, hablarle con severidad por la primera vez de mi vida, se precipitó en mis brazos, y no pude rechazarla, el llanto aso-

mó á mis ojos, y era preciso contenerlo, era preciso separarme de ella sin abrazarla, sin léer en su alma, y sin decirle. ¡Yo no te maldigo!.... ¡Ambrosio! ¡Ambrosio!.... conozco que soy muy débil.... estas lágrimas.... me oprimen: sí.... (*Rompe en sollozos.*) ¡Ah! solo delante de tí, Ambrosio.... no lo digas.... no lo digas á nadie por Dios.

ESCENA VIII.

DICHOS, VALERIA Y CAROLINA.

Valeria y Madama Milner se han presentado en el fondo del Teatro á las últimas palabras del Baron; Valeria ha hablado bajo á su amiga, que despues de una seña de inteligencia ha salido apresuradamente por la puerta del centro. Valeria se acerca poco á poco al Baron.

Val. ¿Y las ocultais tambien á Valeria?
Bar. ¡Oh! á vos no.... ¡oh! vuestra presencia es un consuelo para mí.
Val. (*Bajo á Ambrosio.*) Debajo del mirador encontrarás á madama d' Olbruck, has lo que te mande.
(*Váse Ambrosio.*)

ESCENA IX.

EL BARON Y VALERIA.

Bar. ¡Ah¡ ¿Podré esperar de vos algun alivio....?
Val. Cuando vinísteis á pedir una satisfaccion oí á Mr. d' Olbruck que dijo ser para él la carta, y me acuerdo tambien del primer grito, de la primera palabra que pronunció su esposa.
Bar. ¡De la primera palabra!
Val. ¡Oh! es una idea horrorosa que se ha grabado en mi alma, y nunca se borrará de ella.... pero conozco la confianza que reina entre los dos; sé que una silla de posta los está esperando en las verjas del jardin.
Bar. ¡A mi hija!.... ¡á mi hija! ¡voy corriendo á buscar al infame!

Val. (*Deteniéndole.*) Quedaos.... quedaos.

Bar. ¿Y si se marchan?

Val. Os aseguro que no saldrán: ¡A las dos los vereis!

Bar. ¡Clarisa abandonar á su padre!

Val. Mi corazon ha conocido los tormentos que os esperaban, y se ha presentado á mi imaginacion la horrible realidad de aquella palabra de Madama d' Olbruck.

Bar. Esplicaos....

Val. Ese hombre que maldecís, ha escrito una carta de despedida, al tiempo de disponer su fuga.... léed la respuesta.... (*Da un papel al Baron.*)

Bar. ¿Es de vuestra amiga?

Val. Es de.... aquella desgraciada muger que queria abandonar.... léed....

Bar. (*Leyendo.*) « Conozco los lazos que os unen á »Clarisa: conozco que es preciso conservar su ho- »nor, el de su familia y el vuestro, para que podais »ser feliz y vivir sin remordimientos; poco importa »que yo sea desgraciada.... Para que podais casaros »con ella, solo hay un obstáculo que vencer".... ¡Señora!

Val. Continuad....

Bar. (*Leyendo.*) «Invoco nuestras leyes; y consiento en el divorcio." ¡Un acto de divorcio!.... ¿y vos dais estos consejos, Valeria?

Val. Sí Señor: yo he dictado esta respuesta, yo soy la que se ha encargado de hacer tomar este partido á la muger que ha perdido el amor de su esposo.

Bar. (*Con fuerza.*) Pero yo nunca consentiré....

Val. Tened al menos, señor Baron, tanta clemencia y tanto valor como.... mi amiga.... A pesar de lo mucho que sufris, no teneis el triste consuelo de ser el que mas padece, no podeis comprender los combates que he tenido que vencer en el corazon de esa infeliz para hacerle aceptar su destino, las angustias que su alma ha padecido al ver desaparecer para siempre su única esperanza, y el sueño de toda su vida.... Esta resolucion es mas que humana.... pero solo el divorcio ó el suicidio.... (*Tomándole la mano con energía.*) Decid; ¿quereis matar á esa muger?

Bar. ¿Y quereis vos que yo, que un padre acompañe á su hija al altar para unirla al hombre que la ha sacrificado? (*Movimiento de Valeria.*) ¿Debo yo aprovecharme para librarme del oprobio de la generosa exaltacion de esa muger? (*Toma el escrito que la ha dado Valeria, la que está colocada al lado del escritorio.*) Recobrad este acto, vos no podeis verle; pero se conoce que esa infeliz se ha creido superior á sí misma, y que las fuerzas de su alma la han vendido.—Recobradle, no está firmado.

Val. (*Tomando una pluma del escritorio.*) Guiad mi mano.

Bar. ¡Cómo!.... vos.... ¡Valeria!.... ¡Ernesto!....

Val. Sí, yo.... yo soy.... la que.... ¡Ernesto!.... ¡Ernesto!.... Ayudadme.... ¡es tan cruel este momento!.... estoy lastimando mi corazon.... ayudadme....

Bar. ¿Qué me pedís?.... ¡Nunca, nunca, Valería!

Val ¿No quereis?.... No importa, ¡os salvaré á todos! (*Firma y esclama con alegría frenética.*) ¡Ernesto! ¡vuelves á ser honrado! (*Dá la carta al Baron.*)

Bar. ¡Ah! ya no siento mis penas, solo me atormentan las de esa infeliz!

ESCENA X.

EL BARON, VALERIA, Y AMBROSIO.

Bar. (*Continuando sin verle.*) En cuanto á Ernesto, no le odiaré, ni le conservaré rencor alguno: en cuanto á mi hija.... no, ya no tengo hija.... debo ser el apoyo de la que se sacrifica por todos. Señora Condesa, Valeria ¿quereis que sea vuestro padre?

Val. ¿Y de qué serviria lo que hemos hecho si no os quedáseis á su lado? Ellos necesitan de vos, y vos de ellos para ser felices... solo puedo aceptar un amigo, cuya existencia esté unida á la mia. No le preguntaré si quiere venir conmigo, porque sé que me acompañaría al fin del mundo.... ya me espera, le oigo llorar á mi lado.... y su mano está aquí!

(*Toma la mano de Ambrosio.*)

Amb. ¡Ah, Señora!

Val. Sí; tú eres mi único amigo, tú eres mi padre.... marchémos.... (*Dan las dos.*) ¡Ah!

Amb. Oigo pasos.... alguien se acerca.... es Madama Milner, el Señor Conde, y....

Val. Y mi rival.... Vámonos, Ambrosio.

Bar. Esperad al menos á que la noche....

Val. Para mí siempre es de noche. (*Váse con Ambrosio hácia la puerta de la izquierda.*)

FIN DEL DRAMA.

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLE

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 17—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 49 á 51)

ADMINISTRACIÓN